



la mayoría de tales comparaciones no dejan de ser anecdóticas. Aquí va la lista de los más destacados: Billy Wilder, John Waters, Jonatham Demme, los hermanos Cohen, Rush Meyer, Lubitsch y el español Edgar Neville.

El último capítulo y el más corto, describe la saga de «su familia de actores», su intuición para elegir el *casting* así como la búsqueda de nuevas caras.

El trabajo de la primea de las autoras tiene el mérito de colocar en su contexto madrileño la obra de tan controvertido director, así como el de restablecer un pormenorizado análisis de sus pautas de comportamiento, sin perder de vista el grupo social al que pertenecen: el microcosmos de la sociedad urbana madrileña juvenil de la década de los ochenta como modelo del macrocosmos de la sociedad española. Tras el estudio del contexto social, el análisis de la segunda de las autoras —un trabajo serio de documentación e investigación periodísticas—, ofrece una imagen muy perfilada de un cineasta ciertamente inclasificable. Considerando la historia del cine español, tema en el que no por culpa de la autora existen carencias a la hora de establecer comparaciones de su obra respecto a otras cinematografías nacionales o extranjeras (desgraciadamente faltan en España buenas y completas historias del cine español), este trabajo crítico y de análisis escrito al alimón, no solamente complementa el libro de Nuria Vidal ya citado, basado en la «versión original» de Almodóvar, sino que resulta ser además una valiosa aportación monográfica en el desértico panorama de estudios sobre cine español contemporáneo.

University of Iceland

AITOR YRAOLA

Guillermo Carnero. *Las armas abisinias. Ensayos sobre literatura y arte del siglo XX*. Anthropos, Barcelona, 1989, 415 pp.

Barajada a través del tiempo es el índice de la obra. Como cartas caen los ensayos del pasado al presente, del ayer al anteayer, del pretérito hasta casi el propio borde de aquella eternidad, que pisaba por la margen Dalí en *El mito trático del Ángelus de Millet* o a la cual quiso imponer la ley de la destrucción o el amor Vicente Aleixandre.

Aleixandre y Dalí no podían faltar a la cita y dos capítulos dedica Guillermo Carnero a cada uno de ellos: «El problema del conocimiento en la trayectoria poética de Vicente Aleixandre», «‘Conocer’ y ‘saber’ en *Poemas de la consumación* y *Diálogos del conocimiento* de Vicente Aleixandre», «El juego lúgubre: la aportación de Salvador Dalí al pensamiento surrealista» y «La chuleta asada como metáfora epistemológica en el pensamiento de Salvador Dalí».

Componen *Las armas abisinias* diecinueve artículos, casi todos previamente publicados por Guillermo Carnero entre 1977 y 1987. En muchos casos, incluye el autor restituciones y correcciones, que debidamente anuncia en su presentación y señala en el texto con asterisco. La obra parece adaptarse al propósito de la serie de Anthropos «Autores, textos y temas», tal como viene expuesto en la solapa del libro. Acaso aquella solapa sea de Laureano Bonet; pero me imagino que podría suscribirla Carnero, en tanto pretende que la serie trascienda la hermenéutica aslacionista, tan al uso hoy en día.

Por su parte, en su introducción a *Las armas abisinias*, fechada en 1987 aunque el pie de imprenta sea de 1989, manifiesta Guillermo Carnero no haber confundido nunca la erudición con la documentación. En punto a documentada erudición su libro es un prodigio. El vasto aparato crítico —perfectamente organizado y seleccionado— ofrece muy valiosas notas, comentarios y a veces completas biografías desde Unamuno y Salvador Rueda en los artículos iniciales, a Juan García Hortelano y Luis Goytisolo en los últimos capítulos.

Junto a los trabajos dedicados a Goytisolo, García Hortelano, Rueda y Unamuno, así como los ya citados acerca de Dalí y Aleixandre, otros artículos estudian certeramente a autores hoy tan orillados como José Juan Tablada y José Moreno Villa. Dicho sea en un inciso, por el último de los dos muestra Carnero una predilección que no comparto. Otro par de poetas de mayor fuste y renombre, Luis Cernuda y Miguel Hernández, aparécense en el índice general con un capítulo crítico por cabeza: «Luis Cernuda y el purismo poético: *Perfil del aire*» y «Miguel Hernández y el cambio estético de la España de los años treinta». Los restantes ensayos trascienden la perspectiva monográfica, por así decirlo, con amplias aproximaciones a movimientos, estéticas y fenómenos socio-político-literarios. Así completan el índice: «Primitivismo, sen-

sacionismo y abstracción como actitudes de ruptura cultural en la literatura y en el arte de vanguardia», «La gastronomía del Futurismo italiano», «La prehistoria del Superrealismo», «La generación poética del 1936... hasta 1939», «Precedentes de la poesía social de la postguerra española», «Apuntes para la historia del Superrealismo en la poesía en español de la alta postguerra» y «La poética de la poesía social en la postguerra española».

En muchos y muy variados aspectos, *Las armas abisinias* me parece imprescindible como obra de consulta. Quien trabaje sobre Salvador Rueda, José Juan Tablada y José Moreno Villa, tendrá que recalar casi forzosamente en los ensayos de Carnero. Pero también su visión del vanguardismo poético español, antes, durante y después de la guerra civil, resulta no sólo iluminadora sino a la vez indispensable para cualquier acercamiento crítico a tan importante parcela literaria. Del sentido didáctico del autor, catedrático en ejercicio aunque reniegue en la introducción de la cicatería de la Universidad española, da fe cumplida la variedad de los textos con su doble vertiente al arte y a la literatura. Afirmaba Ortega que la curiosidad, no la inteligencia, definía al verdadero intelectual. Puesto que inteligente —lo que se dice inteligente— puede serlo tanto o más el futbolista. Se me antoja insaciable la curiosidad de Carnero y creo que al menos en este punto coincidiría con Ortega y conmigo, aunque sospecho ser mucho más devoto que él de *La deshumanización del arte*.

Ciertas discrepancias con una obra tan honda y tan vasta serían inevitables. Las confinaré precisamente a mis capítulos preferidos: los que tratan de Vicente Aleixandre y de Salvador Dalí. Creo aventurado afirmar de forma absoluta y exclusiva que «la existencia en el mundo es para Aleixandre una armonía, que se siente y se goza y no es necesario provocar» (p. 228). Esto puede y aun debe de ser cierto en *Poemas de la consumación* y *Diálogos del conocimiento*: dos libros a través de los cuales establece Carnero su fórmula de aquella armonía, cifrándola en la identificación de «conocer» y «saber». En el cumplimiento de tal identidad, parece advertir Guillermo Carnero el mayor logro poético de Vicente Aleixandre.

Yo lamento mi posible ceguera. Pero creo a Aleixandre un poeta acabado después de *La destrucción o el amor*. Acabado por comparación consigo mismo, puesto que en *La destrucción o el amor* veo una de las obras señeras y más ambiciosas de la poesía

europea en este siglo. Nadie, salvo Vicente Aleixandre, se atrevió a formular una ley como la que da título y sentido al libro. De aquel precepto fundamental, el de la destrucción o el amor, derivan para identificarse dialécticamente tiempo y espacio, hombre y cosmos. Excepción sería la de un par de ocasiones, como ocurre en «La selva y el mar», donde el autor presenta contradictorias e inesperadas salvedades a su propio código. Será Vicente Aleixandre el poeta del «saber» y el «conocer». Pero también es mucho más que esto, por ser el poeta de *La destrucción o el amor*.

Mi discrepancia con Carnero acerca de Salvador Dalí es marginal. En «El juego lúgubre: la aportación de Salvador Dalí al pensamiento superrealista», afirma el autor de *Las armas abisinias* que del recíproco intercambio de ideas entre Dalí y Lacan, gestaríase en buena parte *El mito trágico del Ángelus de Millet* y de allí vendría la trascendencia de aquel soberbio ensayo daliniano. Esto es concederle a Lacan una importancia retrospectiva en el pensamiento de Dalí, que dista de haber tenido. Recuérdesse de pasada cómo el propio Dalí evoca a Lacan, tromando nota devotamente de las sapiencias y burradas del divino, en sus primeras entrevistas.

Estoy convencido de que Lacan no tiene nada que ver con *El mito trágico del Ángelus de Millet*, magistral aplicación del criterio paranoico crítico daliniano a la pintura y a la realidad. Como ya traté de exponerlo en *El mundo mítico y mágico de Salvador Dalí*, *El mito trágico* es un tenebroso exorcismo de dos espectros: el de la madre y del hermano del artista. A través de dos laberintos ensolapados, el de la muerte y el del incesto, descubre y prueba Dalí el propósito original de Millet para aquel cuadro. No se propuso al principio pintar el toque del ángelus, sino el entierro de un niño en el campo. Por irónicos caminos, aquel niño sería en otro siglo el propio hermano muerto de Salvador Dalí. Pero mejor será dejarlo en este punto. Que lo escrito, escrito está y uno no quisiera repetirse. Sólo felicitarse por haber tropezado con *Las armas abisinias*. Armas de la mejor ley. Doy fe.

Emory University

CARLOS ROJAS